

VISLUMBRES HACIA EL OTRO LADO

poesía/ritual

Georgina Mexía-Amador

Ser Dios es estar envenenado.
Fernando Benítez, *Dioses y demonios*

No soy de este mundo, ni del próximo, ni del Paraíso, ni del Infierno.
Yalal ad-Din Muhammad Rumi

caverna	4
telurio	19
ascenso	31

ascenso

VIII

los hombres soñaban
refugiados en la cercanía de su carne.
el mundo dormía en penumbra celeste
e incautaba bramidos de ciervos
rugidos de jaguar
gemidos de mujeres.
latidos humanos entregados a la noche
excepto el de aquel marcado por los dioses:
el incorpóreo que volvió de la muerte
el incorpóreo que golpeó el primer tambor.
la visión de sus propios huesos no fue suficiente:
tuvo que soñar y blandir su espíritu
bajo cada estocada de la luna.
el incorpóreo sueña que recorre el mundo —éxtasis
de la sangre en cada ascenso—
a la par que tañe sus pezuñas el ciervo del tambor.
los dioses llaman.
los dioses vienen.
los dioses acechan.
las nubes rasguñan las estrellas y un libro se despliega:
el incorpóreo es el único que sabe descifrarlo.
los dioses se lo entregan
y él siente que vuela porque todo lo comprende.
desciende a la tierra —el ciervo trota—
y al despertar se sabe otro: cada noche
desmenuza una página

y al fin comprende lo visible y lo invisible.
ha visto el libro del mundo:
los dioses le han hablado solo a él.

IX

al Tiempo puede derrotársele:
el incorpóreo lo sabe
esquiva el presente
y se entrega a la visión que a los demás resulta ignota
inalcanzable.
basta con cerrar los ojos, dice
e invocar desde la memoria abolida [paradoja]
la no-existencia tangible del pasado.
cada poro se adivina, trémulo
dueño de tactos y miradas
que trascienden a la carne y sus limitaciones.
fui átomo que contempló la luz del agua
y el nado zigzagueante de los peces.
fui cardumen, alga, insecto de alas frágiles
que desafió el voraz instinto del agua por ahogarme.
fui bisonte y pastura, grito de murciélago
y montaña derrotada por el trueno.
fui mujer que avivó el fuego primigenio.
fui vulva y gemido de gruta habitada
por antorchas: imprimí en la roca en rojo y negro
la silueta inconfundible de mis manos
y perseguí por los páramos al ciervo

con cuya piel vestí el tambor con el que vuelo.
fui árbol, castaño, roble, pino
convertido en cenizas, leña y lumbre.
fui águila de alas oscuras, lobo solitario
y oso hambriento: por eso no me son ajenos
la tortura de la sangre y el ayuno.
el dolor arrecia y me abate
con cada pulsación del aliento
que creía abandonado en la intemperie de mi carne:
el Tiempo no exige más que contemplación
y ofrece a cambio la certidumbre del vacío.
he cesado de verme, de recordar lo que he vivido
porque ese asomo
a la existencia primordial
no es el fin verdadero de este vuelo
surcado de contradicciones: el cuerpo reclama mi regreso
pero es mi Ser etéreo quien anuncia
que no debería volver.
¿para qué entonces temer al infinito?
¿para qué el anhelo de deshabitar mis pupilas
y mi aliento de lo que me hace humano
si ante la visión del Ser y el Tiempo
siento cómo me arredo y tiemblo
y no deseo más que navegar la oscuridad?
debo rendirme y recibir el éxtasis:
tengo la certeza de que puedo llegar a ser
más poderoso que los dioses.

X¹

giremos

cuando se anuncie el fin del sacrificio.

que suene la música del tambor y la flauta

que se eleven los cantos que despiertan el alma

para imbuirla de plenitud y goce alado.

giremos

anhelando recrear en nuestros cuerpos

una réplica del universo

porque somos el sol y los planetas

embriones de luz y danza

lentitud corpórea, cadencia

diálogo con estrellas que se transmutan

en el vacío que es el todo por sí mismo:

no hay nada qué comprender

lo humano es demasiado informe

y fragmentario [absurdo].

giremos

en este círculo de infinita danza

con los brazos extendidos hacia lo que no se nombra

porque habita adentro de nosotros.

escuchemos el latido del corazón del cielo

hasta contemplar el resplandor de lo prohibido.

giremos

sin temer aquello que invocamos,

¹ Este poema fue inspirado por el *semá*, la danza de los derviches giróvagos de la orden sufi de Mevlana Rumi, místico persa que vivió en el siglo XIII, y cuyo mausoleo visité durante mi visita a Konya, Turquía, en septiembre de 2014. En la misma Konya tuve la oportunidad de asistir al semá, una de las experiencias místicas más arrobadoras de mi vida.

es nuestro propio ser lo que conduce al terror
de ver la zarza en llamas en medio del desierto.
es nuestra esencia lo que estorba la contemplación divina
y por eso hemos arrojado lejos de nosotros esa capa oscura
para transformarnos en un loto blanco
que se abre y se cierra según el ritmo en que rotan nuestros cuerpos.
giremos
olvidemos la existencia que nos ha sido dada
e invoquemos la aniquilación
de nuestro ser
y que sea nuestro cuerpo
el que dirija la anhelada fusión con lo sublime
por medio de esta danza giratoria.
que continúen los cantos derrotando al silencio
que la música hilvane la eternidad sin tiempo
que nuestro cuerpo habite la música de las esferas
más allá de este círculo de éxtasis.
que no cese de vibrar la flauta etérea
que no se detenga el ritmo primordial de los tambores
que acaricien el aire los laúdes
que no se detengan los cantos:
música divina/inaprehensible
[irremediablemente humana].
giremos juntos, mujeres y hombres,
hasta sentir en nuestros corazones la tempestad del amor de dios.

(Konya, Turquía, 13 de septiembre de 2014.)

XI

heme aquí.
ya estoy aquí.
me entrego al infinito
consciente de mi humanidad rotunda/predecible.
lenguas de fuego barnizan mis dientes
un cardumen de olas
golpea cada recinto de mis huesos
y es tal el ímpetu
que mi esqueleto se torna líquido
como la espuma de una cascada eterna.
la montaña se dobla sobre sí misma —visión
de lo fecundo sin parálisis—.
mis pupilas rotas se inyectan de estrellas
que observan cada uno de mis tientos
por levantar el vuelo [torpes aleteos torpes]:
luces invocadas que alimentan el terror
de saberme al borde del quebranto.
mis pies se pudren.
doy fe de mi carne eyaculada: presiento el tambor
y cada una de sus sordas resonancias
marca el ritmo de un corazón
que me ha sido extirpado:
observo cómo palpita
a unos pasos del incienso y las antorchas
desde un sitial de piedra.
así lo he hecho desde el comienzo del mundo:

ayuno, vacío mis venas
controlo los impulsos de mi carne [genital]
mastico el veneno
y acudo al encuentro de la muerte
sabiendo que me derrotará la náusea y tendré
que vomitar mis desvaríos
 [amargura en la lengua, en la pleura].
soporto el ardor de mi carne desollada
para subir el árbol y contemplar
desde la nube el inframundo.
me guían el ciervo/el oso/el águila
y a veces me susurran los pequeños hongos: los niños de la tierra.
me rindo a las fuerzas que me llaman
me rindo a la visión de lo sagrado sin temer al derrumbe
me rindo a lo divino a pesar del vómito y la náusea

¡me rindo!

me rindo, pues, sabiendo que mi único asidero
 es la palabra:
 que me salve cada sílaba de esta plegaria
 porque a veces de este viaje no se retorna nunca.

XII

brotan de la tierra adormecida, acuática
y saludan a la luz sin conocer semilla.
enanos sin miel, más bien formas amargas y la pulpa.

huérfanos de fosforescencia, emergen
en la arquitectura del árbol y la hierba.
son el divino ascenso:
rescaldos de una espiritualidad violenta.
despiertan y andan por las cuencas de mis ojos
para arrojarme al límite de la locura y el vómito [embriaguez].
háblenme, enanos/niños: los he mecido desde el amanecer
entre mis manos.
los invoco desde cada grieta de mi alma
en un abrazo ígneo de pavor y reverencia.
niños sagrados/pacientes/germinales
cuánto poder subyugante en tan reducido espacio
concentrado: universo en la frágil humedad de la espora.
muéstrenme, niños/enanos, mi irreparable miseria
y hagan de mí un dios por un momento—equiparable
a la vislumbre de un mundo primigenio.
llévenme a ese lugar de celosía: templo del cielo y del infierno
donde mi miedo es vestigio condenado por la lluvia.
todo lo veo
todo lo sé
todo lo veo
todo lo sé
pero niños, no me dejen a oscuras en este témpano de estacas:
ser dios por un instante
es incendiar la lengua del abismo.

XIII

pero no es ser humano la aspiración última
¿por qué querría el incorpóreo permanecer
subordinado a la carne
al regresar del vuelo y del árbol del mundo?
ha flagelado su carne
ha torturado sus instintos más voraces
pero eso no es suficiente
porque anhela en realidad la permanencia:
la ubicuidad en el Tiempo sin tiempo.
entonces, respira:
el ritmo de cada inhalación se torna lento
imperceptible
como si cada partícula de aire se abandonara
aún más al discurso de lo etéreo
y no le urgiera escapar de los pulmones.
el aire reposa, suspendido al punto
de confabular una pequeña muerte necesaria
para instalar al cuerpo en una condición de vegetal.
el incorpóreo respira lento
lento
muy lento
como en un profundo sueño
hasta desbaratar todo vestigio de la respiración inquieta
de los hombres.
el cuerpo está inmóvil: podría permanecer así eternamente
el incorpóreo ha desterrado de su carne

los movimientos torpes de los hombres.
los brazos, los talones, la cabeza
experimentan posturas diferentes;
se relajan músculos, tendones y se maravillan
los huesos ante su afán huérfano de movimiento.
el éxodo de su finitud corpórea anuncia
que ha dejado atrás la condición humana
y se inaugura en todos sus relieves la existencia-semilla,
la unión con el Todo fuera de los límites del tiempo.
la visión es eterna,
lejos de la experiencia empírica del hombre se anulan los significados
porque el vacío cobra sentido por sí mismo
y se contempla el Ser y el Todo como unidad rotunda
indivisible
ingrávida
—y esta vez no se anhela el retorno:

no volveré

no volveré

no volveré